

Más allá del Miedo II

Ministerio del Terror

de

Roberto Carlos Souto



## Capítulo I

### ASESINO EN LAS SOMBRAS

Aquella noche de fines de marzo era muy calurosa. La luna se ocultaba detrás de los negros corderos formados por nubarrones que presagiaban la lluvia; ésta se demoraba noche tras noche en su esperada llegada, como si el cambio de temporada no fuese más que una marca en el calendario.

Formando parte de ese oscuro cuadro, cubierto por sombras y ligustros, se ocultaba un hombre. A pesar de que todo su cuerpo estaba impregnado por esa molesta película que forma el sudor, el individuo no movía un solo músculo; era como un objeto inanimado. Su mirada parecía estar clavada en un punto fijo y apenas se notaba el involuntario parpadeo.

Instintivamente movió su cabeza, en un vano intento de alejar a uno de los tantos mosquitos que daban un concierto cerca de su oreja izquierda.

--Lo único que me falta es que una de estas alimañas, contagie el dengue... --Se dijo el hombre casi en un susurro.

Un haz de luz que repentinamente salió por uno de los ventanales, atravesó las sombras del parque como un dardo luminoso.

Más allá del alto cerco de hierro y columnas, todos los contornos se veían esfumados por la oscuridad que rodeaba la suntuosa casona de tres plantas.

El hombre sintió cómo una gota de sudor cosquilleaba por su huesudo rostro, mientras que otra se deslizaba desde la base de su nariz y mojaba sus apretados y finos labios. Asomó la lengua y saboreó el salobre humor. Aspiró profundamente, contuvo el aire por un breve instante y lo expulsó con fuerza, sacudió la cabeza

de uno a otro lado, apretó los párpados repetidas veces y luego se desplazó sigilosamente, amparado por las sombras.

Un estuche, semejante a los que utilizan los clarinetistas, que colgaba del hombro izquierdo del hombre, golpeó levemente contra una de las blancas columnas.

El individuo maldijo en voz baja; detuvo su andar, apoyó la espalda contra el hierro de la reja y se fue deslizando hasta que sus glúteos se asentaron en el duro piso de lajas

Corrió el cierre del estuche y extrajo un elemento de metal oscuro y opaco, similar a un fusil pequeño, al que le acopló un culateen de alambre. Realizaba todos aquellos movimientos casi de manera automática; por momentos se detenía, observaba atentamente en todas las direcciones y continuaba con su tarea de ensambles y ajustes.

Apoyó cuidadosamente aquella extraña arma sobre sus piernas, secó la transpiración de su cara y cuello con un pañuelo negro. Miró dentro del maletín, estiró su brazo derecho y tomó un elemento denominado “tromblón” y lo insertó en la boca del cañón del arma la que, a simple vista, parecía inofensiva. Seguidamente colocó una granada de extraño aspecto en el tromblón. Se encogió en su posición al notar que el agente de policía que montaba guardia sobre la vereda de la embajada de España, había salido de la garita.

Los ojos del individuo, brillaban en la oscuridad como los de una pantera dispuesta a saltar sobre su inadvertida presa. La acerada hoja de una daga alargó, temeraria, la extremidad que la empuñaba.

El uniformado, ajeno al peligro que lo acechaba desde la oscuridad, dobló sus rodillas y comenzó a dar caricias a un noctámbulo felino que agradeció la acción con un ronroneo. El agente de seguridad se enderezó y regresó a la garita, mientras imitaba el maullido del gato a manera de saludo.

Desde la vereda opuesta, el hombre sonrió irónicamente, al escuchar la conversación que intentaba sostener el aburrido centinela con el vagabundo animalito; guardó nuevamente el cuchillo y dirigió su vista al caserón, el que, aparentemente, era su objetivo. Consultó su reloj de pulsera y una sonrisa curvó su boca. Levantó lentamente el arma y se mantuvo expectante; una sensación de náuseas se apoderó de su aparato digestivo. No se sorprendió, era algo que le ocurría cada vez que se disponía a matar. Con lentitud, llevó el pequeño fusil lanzagranadas a posición de tiro; ahora solo debía aguardar la señal, la que llegaría en cualquier momento.

El dedo mayor de la mano derecha del asesino jugueteaba con la cola del disparador del arma; el movimiento semejaba al que realizan algunos concertistas cuando están templando la encordadura de su guitarra, antes de comenzar el concierto.

En unos breves instantes debía apagarse la luz que salía por el ventanal y esa sería la señal esperada por el asesino oculto.

El individuo se mordió el labio inferior al pensar que la víctima, al accionar la llave de luz, ordenaría su propia ejecución.

La oscuridad dominó, repentinamente, el ventanal; a ésta le siguió una sonora explosión, la que había sido precedida por un ligero chasquido. Las alarmas de la zona comenzaron a sonar a lo que se sumó, momentos más tarde, el angustiante ulular de las sirenas de los muchos móviles que, alertados, llegaban al lugar.

En el coqueto barrio-parque, reinaba la confusión y el miedo, circunstancia aprovechada por el asesino para salir del lugar sin levantar sospechas. Al llegar a la intersección de la calle Mariscal Ramón Castilla con la avenida Alcorta, el hombre se volvió para observar parte de su obra; al ver las lenguas de fuego y el humo, exclamó entusiasmado:

--¡Bien...!.

Sonrió, y una expresión de maligna satisfacción se dibujó en su rostro.

El automóvil que lo aguardaba salió raudamente, perdiéndose con rumbo norte.

## CAPITULO II

### UNA VISITA INESPERADA

Roberto Sousa se despertó sobresaltado; algo semejante a una explosión lo sacó de su profundo sueño.

Magda se movió con cierta brusquedad. Él observó el perfil de la mujer y una interna satisfacción lo invadió al pensar que aquella beldad era suya.

Intentó recobrar el sueño, pero el ulular de las sirenas, que sonaban cercanas, no se lo permitieron. Decidió levantarse para mirar por la ventana del dormitorio, desde la que podía verse la calle. Lo hizo en silencio.

--¿Hay un incendio...?.

Preguntó ella que se había incorporado a medias y sostenía su desnudo torso con sus brazos hacia atrás, apoyando los codos sobre la almohada.

Él se volvió sonriente y una expresión de perplejidad se dibujó en su rostro, parecía un niño sorprendido infraganti al pasar su dedo por la crema que decoraba un pastel.

--...Perdón..., no creí despertarte... -Se disculpó a la vez que pulsaba el botón que elevaba la pesada persiana de madera.

--¿Qué está pasando...?. ¿Por qué hay tanto ruido...?. --Preguntó la mujer con voz soñolienta.

--No sé..., un fuerte ruido me despertó..., y luego comenzaron a sonar las sirenas... -Respondió el hombre en tanto que observaba buscando alguna señal.

El fuerte aullido de una sirena le indicó la proximidad de un vehículo que acudía en ayuda. Él se mantuvo expectante, deseaba tener un indicio de lo que ocurría no lejos de allí.

Un camión de rescate del Cuerpo de Bomberos de Policía Federal, pasó raudamente por la angosta calle empedrada. El joven miró hacia arriba y observó un tenue resplandor rojizo, que se mezclaba con las nubes que, amontonadas, parecían un rebaño de ovejas de cola al viento, antes de la tormenta.

--Creo que se trata de un incendio, nada de gran importancia... Seguí durmiendo, yo estaré un rato en la sala..., me desvelé y no quiero molestarte... -Dijo él tratando de tranquilizar a la mujer.

Magda se dejó caer pesadamente y practicó aquel mohín que tanto le agradaba a él. Roberto sonrió y antes de salir del cuarto, apagó la luz de la lámpara que ella había encendido.

La joven se despertó pasadas las 10 horas. Él había dormido de a ratos y cuando ella lo saludó con un efusivo beso, los brazos fuertes del hombre envolvieron su cintura, atrayéndola contra su cuerpo. La danza del amor los fue llevando por los senderos del placer sin límites.

Los dulces amantes, fueron sacados de la sesión de caricias e íntimas confesiones, que siempre se prodigaban después de haberse amado hasta el agotamiento, por unos ligeros golpecitos que llegaban desde la gran puerta de madera.

--¿Quién llama...?. -Preguntó Roberto fastidiado.

--Soy Leonor... señor Roberto... --La voz de la mucama se escuchaba temblorosa.

Roberto vislumbró mentalmente la fea cara de la muchacha y sonrió amargamente, al expresar en voz baja y con sus labios pegados a la pequeña oreja izquierda de Magda:

--¡Salgo de un bello sueño, para entrar en una pesadilla...!.



Los golpecitos a la puerta se hicieron sentir nuevamente y la voz de la mujer se volvió más firme al decir:

--Disculpe...pero hay una persona que insiste en verlo..., le expliqué que no podía molestarlo, pero él no quiere entender...

--¿Le preguntó el nombre a esa persona...?. ¿No le dijo que estaba descansando y que no podía molestarme...?.

Mientras hablaba, saltó de la cama y con paso inseguro se acercó a la puerta. El mal humor lo había abordado.

La mano izquierda del investigador se cerró sobre la manija de bronce del picaporte dispuesto a abrir la puerta. La profunda voz de su mujer lo detuvo en el intento al preguntar:

--¿Estás pensando mostrar tus encantos a la mucamita...?

--¡Por el amor de Dios...!. Esta mujer me pone furioso...

--¡Señor...! el caballero que desea verle, dice que es por un asunto de suma importancia..., además dijo que es muy urgente... -La destemplada voz de la mujer irritaba aún más al hombre.

--¡Señorita...!. ¿Cuántas veces le tengo que repetir las cosas...?. -La voz del hombre aumentaba su volumen en la medida que hablaba.

Magda, sentada en el amplio lecho, lo miraba sonriente a la vez que simulaba tapar sus oídos con ambas manos.

--¡Pero...! le ruego que sepa entender y no se enoje, yo traté de explicarle a esa persona...pero él insiste en que cuando usted escuche su nombre, lo atenderá sin dudarlo...

--¿Cuál es el nombre de ese...? -No terminó la pregunta, la joven mucama lo interrumpió al decir:

--Peralta..., mayor Jorge Peralta. Ese fue el nombre que me dio...

--¿Peralta...!? -La cara de Roberto se transfiguró, un gesto de preocupación hizo que su entrecejo se frunciera y sus ojos, profundos, se oscurecieron aún más, tragó con esfuerzo la saliva y ordenó:

--Que pase a la biblioteca, yo bajo en unos pocos minutos...

Aquella inesperada visita, había sacado a Roberto de su estado de fingida furia, para volcarlo a uno peor y real que era de consternación. Él observó disimuladamente a Magda, la que había advertido el cambio brusco en el hombre.

--Nada de que preocuparse, es un rompe coquitos pero..., en el fondo es un buen tipo...

--¿Peralta...?. No recuerdo que lo hubieras mencionado. -Expresó Magda fingiendo reprochar la omisión.

--Es alguien del pasado... de ese pasado que irremediamente vuelve. Lo despediré en menos de lo que canta un gallo.

--Bueno mi amor, si es así... ¿Qué cara es esa...?

--La cara es por la sorpresa de su visita..., hace diez años que no lo veo y de pronto se aparece de la nada, aquí, en tu casa, entonces me pregunto: ¿Dónde mierda, consiguió saber que yo vivo acá...?. -Roberto hablaba en tanto se duchaba, la puerta del baño permanecía abierta y el vapor invadía la habitación.

El hombre regresó al dormitorio envuelto en una bata y secando su espesa cabellera con una toalla pequeña, acomodó su pelo con ambas manos, después de lo cual se quitó la bata de baño y se colocó una de seda roja que hacía juego con las chinelas del mismo color.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

